

Edgar Allan Poe

Cuentos imprescindibles

Traducción de José Luis López Muñoz

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: 2019
Segunda edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuearez.com
Imagen: © Sybille Sterk / Arcangel Imágenes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1362-622-2
Depósito legal: M. 27.763-2021
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El pozo y el péndulo

*Impia tortorum longos hic turba furores
Sanguinis innocui, non satiata, aluit.
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro,
Mors ubi dira fuit vita salusque patent¹.*

Me sentía mareado, terriblemente mareado después de aquel largo sufrimiento, y, cuando por fin me desataron y se me permitió sentarme, comprendí que estaba a punto de perder el conocimiento. La sentencia –la temida sentencia de muerte– fue lo último que llegó con claridad hasta mis oídos. Después, el sonido de las voces inquisitoriales pareció confundirse hasta formar un vago susurro impreciso que llevaba a mi mente la idea de revolución, quizá por su asociación caprichosa con el rumor de una rueda de molino. Pero sólo durante un período muy breve, porque muy pronto no oí ya nada más. Durante algún tiempo, sin embargo, no dejé de ver lo que estaba sucediendo; aunque, ¡con qué terrible deformación! Veía los labios de los jueces de negros ropajes. Me parecieron blancos –más blancos que el papel en el que escribo estas palabras– y tan finos que resultaban incluso grotescos; finos por la intensidad de su expresión de firmeza –de inquebrantable determinación–, de in-

1. Cuarteta para las puertas de un mercado que iba a construirse en el emplazamiento del antiguo club jacobino de París: «Aquí sus prolongados furores alimentó, sin saciarse, la impía turba de los torturadores. Liberada ya la patria, roto el fúnebre antro, donde terrible reinó la muerte, brillan ahora vida y salud». (*N. del T.*)

flexible indiferencia ante la tortura. Vi que todavía brotaban de aquellos labios los decretos con los que se decidía lo que me reservaba el destino. Los vi vibrar pronunciando frases de muerte. Los vi formar las sílabas de mi nombre; y me estremecí porque a continuación no me llegó ningún sonido más. Vi también, durante unos pocos momentos de horror delirante, la suave y casi imperceptible ondulación de los negros cortinajes que cubrían las paredes de la sala donde me juzgaban. Y después mi mirada se fijó en los siete cirios colocados sobre la mesa. Al principio me mostraban el rostro de la caridad, y parecían esbeltos ángeles blancos capaces de salvarme; pero a continuación una extraordinaria repugnancia se apoderó de mi espíritu, y sentí estremecerse todas las fibras de mi ser como si hubiera tocado el cable de una pila galvánica, al tiempo que las formas angélicas se transformaban en absurdos espectros de cabezas ardientes, y comprendí que no recibiría de ellos ayuda alguna. Luego me vino a la cabeza, como una espléndida nota musical, la idea de lo dulce que debía de ser el descanso en la tumba. Aquel pensamiento se me presentó con suavidad y como a hurtadillas, y pareció transcurrir mucho tiempo antes de que lo valorase como se merecía, pero, precisamente cuando mi espíritu llegaba por fin a sentirlo y a acariciarlo, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia delante de mí; los cirios se hundieron en la nada; sus llamas se extinguieron por completo; sobrevino el vacío de la oscuridad; todas las sensaciones parecieron sumergirse en un frenético descenso, como el del alma a los infiernos. El silencio, la quietud y la noche eran el universo.

Me había desmayado, pero no diría, sin embargo, que estuviera del todo inconsciente. No me atreveré a definir, ni a describir siquiera, qué parte de mí siguió

despierta; pero lo cierto es que no todo estaba perdido. ¿Lo está en el sueño más profundo?, ¡no! ¿En el delirio?, ¡no! ¿En un desmayo?, ¡no! ¿En la muerte?, ¡tampoco! Ni siquiera en la tumba está todo perdido. De lo contrario se le niega al hombre la inmortalidad. Al despertar del más profundo sopor rompemos la delicada telaraña de algún sueño. Pero un segundo después (tan frágil debe de haber sido esa telaraña) no recordamos ya lo que hemos soñado. Al volver a la vida después del desmayo hay dos etapas: primero, la sensación de lo mental o espiritual; en segundo lugar, la de la existencia corporal. Parece probable que si, al alcanzar el segundo estadio, pudiéramos hacer volver las impresiones del primero, las descubriríamos llenas de elocuentes recuerdos del abismo del más allá. Y ese abismo... ¿qué es? ¿Cómo, al menos, distinguiremos sus sombras de las de la tumba? Pero si bien las impresiones de lo que he denominado el primer estadio no vuelven cuando lo deseamos, ¿no es cierto que, después de una larga pausa, regresan de forma espontánea, mientras nosotros nos preguntamos, maravillados, de dónde habrán salido? Quien nunca se haya desmayado no encontrará extraños palacios ni rostros desatinadamente familiares en carbones al rojo vivo; no descubrirá flotando en el aire las tristes visiones que quizás vea la mayoría; no reflexionará sobre el perfume de alguna flor singular, y no se quedará perplejo ante el significado de alguna cadencia musical que nunca había atraído antes su atención.

Entre frecuentes y cuidadosos esfuerzos por recordar, entre afanosos forcejeos por recuperar alguna prueba del estado de aparente aniquilación en que había caído mi alma, ha habido momentos en los que he soñado con el éxito; ha habido períodos breves, muy breves, en los que he evocado recuerdos que la lucidez de una época

posterior me asegura que sólo pueden haber tenido relación con ese estado de aparente inconsciencia. Esas sombras de la memoria hablan, confusamente, de altas figuras que, después de levantarme, descendieron, llevándome en silencio cada vez más abajo, siempre más abajo, hasta que se apoderó de mí un vértigo espantoso ante la simple idea de lo interminable de aquel descenso. También me hablan de un impreciso horror en mi corazón debido a su anormal quietud. Aparece enseguida una sensación de repentina inmovilidad en todas las cosas; como si los que me transportaban (¡horrible comitiva!) hubieran superado, en su descenso, los límites de lo ilimitado e hicieran una pausa debido al tedio de su tarea. Después evoco una superficie llana y húmeda, y a continuación todo es *locura*: la locura de una memoria que se afana entre cosas prohibidas.

De manera muy repentina volvieron a mi alma movimientos y ruidos: el tumultuoso agitarse del corazón y el sonido en mis oídos de sus pulsaciones. Luego una pausa en la que todo desapareció. Después, una vez más, el sonido, el movimiento y el tacto: una sensación de hormigueo por todo el cuerpo. Siguió la simple conciencia de existir, sin pensamiento; una situación que se prolongó durante mucho tiempo. A continuación, con brusquedad, *pensamiento*, un terror lleno de temblores y un intenso esfuerzo para comprender mi verdadera situación. Luego un intenso deseo de caer otra vez en la insensibilidad, seguido de un rápido restablecimiento mental y de esfuerzos para moverme coronados por el éxito. Y pronto el recuerdo completo del proceso, de los jueces, de los negros cortinajes, de la sentencia, del mareo, del desmayo, así como del olvido completo de lo que vino después; de todo lo que el paso del tiempo y la perseverancia en el empeño me han permitido recordar vagamente.

Hasta entonces no había abierto los ojos. Me daba cuenta de que estaba boca arriba, sin ligaduras. Extendí una mano, y cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. Allí la dejé durante muchos minutos, mientras hacía esfuerzos por imaginarme dónde me encontraba y en qué condiciones. Anhelaba utilizar la vista, pero no me atrevía. Me aterraba la primera mirada a los objetos de mi entorno. No es que temiera ver cosas horribles: temía la angustia que se apoderaría de mí si no hubiese *nada* que ver. Por fin, cuando estaba a punto de dominarme la desesperación, los abrí muy deprisa. Y entonces mis peores temores quedaron confirmados. La oscuridad de la noche eterna me envolvía por todas partes. Tuve que esforzarme para respirar. Lo intenso de aquella negrura parecía oprimirme y asfixiarme. La atmósfera era intolerablemente sofocante. Seguí tumbado sin perder la calma, y me esforcé por usar la razón. Repasé mentalmente el proceso inquisitorial, y traté de deducir mi situación real a partir de aquellos datos. Se había dictado sentencia, y me parecía que había transcurrido mucho tiempo desde entonces. Ni por un momento, sin embargo, me imaginé muerto de verdad. Semejante suposición, a pesar de lo que leamos en las obras de ficción, es totalmente incompatible con la existencia real; pero, ¿dónde y en qué estado me encontraba? Sabía que, al condenado a muerte, se le ejecuta de ordinario en un auto de fe, y uno de aquellos macabros espectáculos había tenido lugar precisamente la noche misma del día en que se celebró mi juicio. ¿Me habían devuelto a la mazmorra para esperar el próximo auto de fe, que tardaría muchos meses en producirse? Me di cuenta enseguida de que no podía ser ése el caso. La demanda de víctimas era constante. Y además la mazmorra que ocupaba antes del juicio, como los calabozos de todos los condenados de To-

ledo, tenía suelo de piedra, y la luz no quedaba excluida por completo.

Una horrible idea hizo que, de repente, el corazón se me desbocara dentro del pecho, y una vez más perdí el sentido, aunque no durante mucho tiempo. Al volver en mí, me puse de inmediato en pie, dominado, de pies a cabeza, por un temblor incontenible. Primero alcé los brazos y luego los extendí con fuerza en todas las direcciones. No toqué nada; temía, sin embargo, dar un paso, no fuese a tropezarme con las paredes de una tumba. Empecé a sudar por todos los poros del cuerpo, y en la frente se me formaron gruesas gotas frías. La angustia de la incertidumbre se hizo al fin intolerable, y avancé con mucha precaución –los brazos extendidos y los ojos casi saliéndoseme de las órbitas– con la esperanza de captar algún tenue rayo de luz. Di muchos pasos hacia adelante, pero todo siguió siendo oscuridad y vacío. Respiré con más sosiego. Parecía evidente, por lo menos, que mi destino no iba a ser el más horrendo de todos.

Pero muy pronto, mientras seguía avanzando con cautela, acudieron en tromba a mi memoria un millar de vagos rumores sobre los horrores de Toledo. De los calabozos se habían contado cosas extrañas: las tuve siempre por fábulas, pero eran extrañas de todos modos, y demasiado atroces para repetir las, excepto en voz muy baja. ¿Se me iba a dejar morir de hambre en aquel oscuro mundo subterráneo, o quizá me esperaba algo todavía más terrible? Conocía demasiado bien la personalidad de mis jueces para dudar de que el resultado habría de ser la muerte, y una muerte más amarga de lo ordinario. La forma y el momento eran lo único que me ocupaba o me obsesionaba.

Mis manos extendidas encontraron por fin un obstáculo sólido. Se trataba, al parecer, de un muro de mampos-

tería, liso, viscoso y frío. Fui siguiéndolo, y avancé paso a paso con toda la cautelosa desconfianza que ciertas narraciones antiguas habían logrado inspirarme. Aquel procedimiento, sin embargo, no me proporcionó los medios para determinar las dimensiones del calabozo, ya que podía haber completado el recorrido y vuelto al punto de partida sin tener conciencia de haberlo hecho: tan absolutamente uniforme parecía el muro. Busqué, por tanto, el cuchillo que aún estaba en mi bolsillo cuando me condujeron a la sala inquisitorial, pero había desaparecido; me habían despojado de la ropa que llevaba entonces y vestía una túnica de basta estameña. Mi intención había sido introducir la hoja en alguna pequeña grieta de la pared para reconocer así el punto de partida. El problema, sin embargo, era de fácil solución, aunque, por el trastorno de mis facultades, me pareciera insuperable en un primer momento. Rasgué parte del dobladillo de la túnica y coloqué la tira extendiéndola lo más que pude y en ángulo recto con la pared. Al recorrer a tientas la prisión no podría por menos de encontrar el jirón cuando completara su perímetro. Al menos eso fue lo que pensé, pero no había contado con las dimensiones del calabozo ni con mi propia debilidad. El suelo estaba húmedo y resbaladizo. Avancé tambaleándome durante algún tiempo hasta que tropecé y caí. Era tan grande mi cansancio que opté por seguir tumbado y, en aquella posición, muy pronto me sorprendió el sueño.

Al despertarme y extender un brazo encontré a mi lado una hogaza de pan y una jarra con agua. Estaba demasiado exhausto para reflexionar sobre aquella novedad, y me limité a comer y a beber con avidez. Poco después reanudé mi recorrido por el perímetro del calabozo, y con mucho trabajo llegué, por fin, a la tira de

estameña. Hasta el momento de mi caída había contado cincuenta y dos pasos, y después de reanudar la marcha, cuarenta y ocho más, lo que hacía un total de cien; y, calculando la distancia de un metro por cada dos pasos, llegué a la conclusión de que el calabozo tenía cincuenta metros de perímetro. Había encontrado, sin embargo, muchos entrantes y salientes en las paredes, y eso hacía imposible adivinar la forma de la cripta; porque me resultaba imposible suponer que no se tratase de una cripta. Era bien escasa la utilidad de aquellas exploraciones —y nulas mis esperanzas—, pero una vaga curiosidad me impulsó a proseguirlas. Abandonando la pared, me decidí a cruzar el recinto. Al principio avancé con extraordinaria cautela porque el suelo, aunque de materiales sólidos en apariencia, resultaba muy traicionero a causa del légamo. A la larga, sin embargo, hice de tripas corazón y pisé con fuerza, proponiéndome cruzar en la línea más recta que me fuese posible. Había avanzado así diez o doce pasos cuando el rasgado dobladillo de la túnica se me enredó entre las piernas. Lo pisé y caí de bruces.

Debido a la confusión que me produjo la caída no advertí de inmediato un detalle bastante alarmante, pero que, algunos instantes después, y mientras aún seguía postrado, atrajo mi atención. Sucedió que mi barbilla descansaba sobre el suelo de la prisión, pero los labios y la parte superior de la cabeza, aunque en apariencia situados a un nivel más bajo que el de la barbilla, no tocaban nada. Por otra parte, me parecía tener la frente bañada en un vapor pegajoso, al mismo tiempo que me llegaba un peculiar olor a hongos en putrefacción. Extendí el brazo, y me estremecí al comprobar que había caído al borde mismo de un pozo circular, cuyo diámetro, por supuesto, no tenía, por el momento, medio de averiguar. Tanteando por debajo del borde logré desprender

un pequeño fragmento de la pared del pozo, y lo dejé caer al abismo. Durante muchos segundos escuché sus ecos al golpearse contra los lados de la sima en su descenso; finalmente se produjo un tético choque contra el agua, al que siguió un fuerte eco muchas veces repetido. Simultáneamente me llegó un ruido semejante al rápido abrir y cerrar de una puerta por encima de mi cabeza, al tiempo que un débil rayo de luz, desaparecido al instante, iluminaba de repente las tinieblas.

Comprendí con toda claridad la clase de muerte que se me había preparado, y me felicité por tan oportuno accidente. Un paso más antes de la caída, y el mundo se hubiera visto privado para siempre de mi presencia. La muerte que acababa de evitar era precisamente uno de los ejemplos que había considerado legendarios y frívolos en los relatos sobre la Inquisición. Para las víctimas de su tiránico poder se contemplaba a veces la posibilidad de una muerte acompañada de los más terribles sufrimientos físicos o de los más espantosos horrores mentales. A mí me había sido reservado este último método. Debido a mis largos sufrimientos tenía los nervios desquiciados, de manera que bastaba el sonido de mi propia voz para echarme a temblar, por lo que me había convertido ya, desde todos los puntos de vista, en el sujeto adecuado para el tipo de tortura que me aguardaba.

Temblando de pies a cabeza, regresé a tuestas junto a la pared, decidido a perecer allí antes que exponerme a los terrores de unos pozos que mi imaginación suponía ya numerosos y colocados de distintas maneras por todo el calabozo. Si mi estado mental hubiera sido otro, tal vez habría tenido valor para terminar de una vez con mis sufrimientos lanzándome a uno de aquellos abismos; pero en aquel momento era yo la encarnación de la cobardía. Y tampoco podía olvidar lo que había leído

acerca de los pozos: que la extinción *inmediata* de la vida no formaba parte del más siniestro de sus planes.

La zozobra me mantuvo en vela durante muchas y muy largas horas; pero al final me dormí de nuevo. Al despertarme, encontré a mi lado, como anteriormente, una hogaza y una jarra con agua. Me consumía una sed ardiente, y vacié el recipiente de una sola vez. Contenía, sin duda, alguna droga, porque nada más beber me invadió una irresistible somnolencia. Me quedé profundamente dormido, con un sueño semejante al de la muerte. Ignoro, como es lógico, el tiempo que duró; pero cuando, una vez más, abrí los ojos, eran visibles los objetos que tenía alrededor. Gracias a una extraña luminosidad amarillenta, cuyo origen no pude determinar en un primer momento, me era posible ver la extensión y el aspecto del calabozo.

Me había equivocado por completo sobre su tamaño. El perímetro de sus muros no excedía los veinticinco metros. Durante algunos minutos este hecho me sumió en un mar de vanas preocupaciones perfectamente ridículas, porque ¿cuál podía ser la importancia de las dimensiones de mi mazmorra dada la terrible situación en que me hallaba? Pero mi cerebro se interesaba de la manera más estafalaria por semejantes menudencias, y me dediqué con ahínco a descubrir la causa del error que había cometido al realizar mi medición. Al final caí en la cuenta. En mi primera tentativa de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de la caída; debía encontrarme para entonces a un paso o dos del fragmento de estameña; en realidad casi había terminado ya de dar la vuelta al calabozo. Luego me dormí, y al despertarme debí de volver sobre mis pasos, con lo que concluí que la distancia era dos veces mayor. La confusión de mi mente me impidió advertir que había

empezado a dar la vuelta con el muro a la izquierda y que había terminado teniéndolo a la derecha.

También me había equivocado en cuanto a la forma del recinto. Al seguir a tientas mi camino había encontrado muchos entrantes y salientes, sacando de ello la idea de una gran irregularidad; ¡tan grande es el efecto de las tinieblas sobre alguien que despierta de un letargo o del sueño! Los entrantes y salientes correspondían simplemente a unas cuantas depresiones o nichos, de poca importancia, colocados a intervalos desiguales. El calabozo era cuadrado, en líneas generales. Lo que yo había confundido con mampostería daba ahora la impresión de ser hierro, o algún otro metal, en grandes planchas, y las suturas o uniones eran las que causaban irregularidades. Toda la superficie de aquel recinto metálico estaba toscamente pintarrajeada con las horribles y repulsivas figuras creadas por la superstición de los frailes. Siluetas de espíritus malignos en actitud amenazadora, con formas de esqueletos, y otras imágenes aún más espantosas, cubrían y desfiguraban las paredes. Noté que los contornos de aquellas monstruosidades eran suficientemente claros, pero que los colores parecían apagados y borrosos como por efecto de un ambiente muy húmedo. Y también me fijé en el suelo, que era de piedra. En el centro bostezaba el pozo circular de cuyas fauces había escapado, y que era el único del calabozo. Todo esto lo vi de manera confusa y esforzándome mucho porque mi situación había cambiado en gran manera durante el sueño. Ahora estaba tumbado de espaldas, con todo el cuerpo extendido sobre una especie de angarillas de poca altura, a las que me hallaba firmemente atado con una larga tira de tela que recordaba a un cingulo y que daba muchas vueltas en torno a mi cuerpo y extremidades, dejando libre sólo la cabeza y lo

justo del brazo izquierdo para que pudiera, esforzándome mucho, alcanzar la comida colocada en el suelo, a mi lado, en un plato de loza. Vi con horror que habían retirado la jarra con agua. Digo que lo vi con horror porque me consumía una sed intolerable, sed que, al parecer, deseaban estimular mis atormentadores, dado que mi único alimento era carne condimentada con muchas especias.

Al alzar los ojos pude examinar el techo de mi mazmorra. Se hallaba a una altura de unos diez o doce metros, y estaba construido de la misma manera que las paredes laterales. En una de las planchas una figura muy peculiar atrajo mi atención. Se trataba de una representación del tiempo, tal como se le muestra de ordinario, con la excepción de que, en lugar de una guadaña, sostenía lo que, a primera vista, me pareció la imagen de uno de esos enormes péndulos de los relojes antiguos. Había, sin embargo, algo en el aspecto de aquel artefacto que me hizo contemplarlo con más atención. Mientras miraba directamente hacia arriba (porque el péndulo estaba situado exactamente encima de mí) me pareció advertir que se movía. Y un momento después vi confirmada mi suposición. El arco que describía era breve y, desde luego, lento. Lo contemplé algunos minutos, en parte asustado, pero, sobre todo, con asombro. Acabé, sin embargo, por cansarme de seguir un movimiento tan monótono, y volví la vista hacia los otros objetos del calabozo.

Un ruido muy ligero atrajo mi atención, y al mirar al suelo vi varias ratas enormes que lo atravesaban. Habían salido del pozo, que se encontraba en la parte derecha de mi campo de visión. Incluso mientras las miraba siguieron saliendo en grupos, de prisa, con aspecto famélico, atraídas por el olor de la carne. Y tuve que estar muy

atento y hacer grandes esfuerzos para espantarlas y evitar que se las comieran.

Quizá transcurriese media hora, tal vez incluso una hora (porque sólo podía hacerme una idea aproximada del paso del tiempo), antes de que volviera a levantar los ojos. Lo que vi me desconcertó y me asombró. El arco del péndulo se había ampliado casi un metro más. Como lógica consecuencia, su velocidad era ya mucho mayor. Pero lo que, sobre todo, me preocupó fue la idea de que había descendido de manera perceptible. Observé además –no hace falta que diga con cuánto horror– que su extremo inferior estaba formado por una media luna de acero resplandeciente de unos treinta centímetros de longitud de un lado a otro; y tanto los extremos como el borde inferior eran tan afilados como si se tratara de una navaja de afeitar. También, al igual que una navaja, parecía sólido y pesado, transformándose, a partir del borde, en una recia y ancha estructura. El péndulo colgaba de una pesada barra de bronce, y todo ello *silbaba* al balancearse en el aire.

No me cabía ya duda de cuál era la muerte que me había preparado la cruel inventiva de los frailes. Los servidores de la Inquisición sabían que la existencia del pozo ya no era para mí un secreto: el pozo cuyos horrores eran el castigo adecuado para un oponente tan empecinado como yo; el pozo, perfecta imagen del infierno, y considerado, según rumores, como el más refinado de todos los castigos de la Institución. Había evitado caer dentro gracias al más inesperado de los accidentes, y sabía que la sorpresa, o el caer en una trampa, formaba parte destacada del carácter extravagante de las muertes en los calabozos. Dado que había conseguido evitar el pozo, no entraba en sus planes demoníacos arrojarme al abismo; y (al no existir alternativa) me esperaba, en

consecuencia, otra manera distinta y más benévola de poner fin a mi existencia. ¡Más dulce! Casi sonreí a pesar de mi angustia al pensar en que se dotara de semejante significado a aquel adjetivo.

¡De qué sirve hablar de las largas, de las larguísimas horas de indescriptible horror, en las que conté las rápidas oscilaciones del acero! ¡Centímetro a centímetro, en su incansable ir y venir –con una velocidad tan sólo apreciable a intervalos que parecían siglos–, proseguía su descenso ininterrumpido! Pasaron días –incluso es posible que fueran muchos– antes de que se balanceara tan cerca de mí como para abanicarme con su corrosivo aliento. El olor del afilado acero acabó penetrándome en el cerebro. Recé; cansé al cielo con mis ruegos para que acelerase la marcha del péndulo. Llegué a un frenesí de locura, y forcejeé para levantarme y salir al paso de la espantosa cimitarra. Y luego me calmé de repente, y estuve sonriendo a la muerte centelleante, como un niño ante un juguete maravilloso.

Sufrí otro período de total insensibilidad; fue breve porque al despertar el péndulo seguía prácticamente a la misma altura. Pero también es posible que hubiera transcurrido más tiempo, porque sabía de la existencia de demonios que, al percatarse de mi desmayo, habían podido, sin duda, detener a voluntad las oscilaciones. Al volver en mí, además, me sentí indeciblemente mareado y débil como si llevara mucho tiempo sin comer. Incluso en medio de la angustia de aquel período, la naturaleza humana reclamaba con vehemencia algún alimento. Haciendo un penoso esfuerzo extendí el brazo izquierdo todo lo que las ligaduras me permitían, y me apoderé del pequeño resto de carne que las ratas habían dejado. Al llevarme un trozo a los labios me asaltó una idea optimista, de esperanza, a medio formar. Y, sin embargo, ¿qué

sentido tenía para mí la esperanza? Era, como digo, una idea a medio formar: al ser humano se le ocurren muchas ideas parecidas que nunca llegan a concretarse. Sentí que era optimista, esperanzada; pero también que había muerto mientras se formaba. Luché en vano por concretarla, por recuperarla. Los largos sufrimientos casi habían aniquilado todas mis posibilidades de raciocinio. Me habían convertido en un tarado, en un idiota.

Las oscilaciones del péndulo eran perpendiculares a mi cuerpo. Vi que la media luna estaba orientada de manera que cruzase la zona del corazón. Deshilacharía la estameña de la túnica, y luego volvería para repetir la misma operación una y otra vez. A pesar de la terrorífica amplitud de su oscilación (unos diez metros o más) y de la silbante rapidez de su descenso, capaz de cortar aquellos mismos muros de hierro, su único efecto durante varios minutos sería deshilachar la túnica que me cubría. Y ante aquel pensamiento hice una pausa. No me atrevía a ir más allá. Me detuve tercamente, como si pudiera detener *allí* el descenso del acero. Me obligué a reflexionar sobre el ruido que haría la media luna al rasgar la estameña; sobre el peculiar estremecimiento que me produciría el roce del acero. Reflexioné sobre aquellas cosas tan poco importantes hasta sentir dentera.

El péndulo continuaba descendiendo muy despacio, pero sin interrupciones. Me dediqué con rabioso deleite a comparar la velocidad de descenso con la velocidad lateral. Hacia la derecha, hacia la izquierda, muy alto y muy lejos, movimientos acompañados por un alarido como de alma condenada; ¡y también hacia mi corazón con el paso cauteloso de un tigre! Yo reía y aullaba por turno según cuál de las dos ideas prevalecía sobre la otra.

¡Hacia abajo, sin duda, inexorablemente hacia abajo!
¡Vibraba ya a menos de diez centímetros de mi pecho!

Forcejeé violenta, furiosamente, para liberar el brazo izquierdo, que sólo podía mover hasta el codo. Con gran esfuerzo alcanzaba a llevarme la mano desde el plato hasta la boca, pero nada más. Si me hubiera sido posible romper las ligaduras por encima del codo habría intentado detener el péndulo. ¡Algo tan inútil como tratar de detener una avalancha!

¡Hacia abajo, sin detenerse, inevitablemente hacia abajo! Yo jadeaba y forcejeaba a cada oscilación. Y me encogía, convulso, cada vez que pasaba sobre mí. Mis ojos seguían su marcha hacia un lado y hacia arriba con la vehemencia de la más absurda desesperación; luego los párpados se cerraban entre espasmos al iniciarse el descenso, ¡aunque la muerte hubiera sido un alivio, un alivio indecible! Y, sin embargo, todos mis nervios se estremecían ante la idea de que el más leve descenso de la maquinaria precipitara la reluciente y afilada guadaña sobre mi pecho. Era la *esperanza* lo que hacía que me estremeciese y que todo mi cuerpo se encogiera. Era la esperanza, la esperanza que triunfa en el potro del tormento, que susurra al oído del condenado a muerte incluso en las mazmorras de la Inquisición.

Comprendí que diez o doce oscilaciones más pondrían al acero en contacto con mi túnica, y junto con aquel convencimiento se adueñó de repente de mi espíritu toda la intensa y serena calma de la desesperación. Por primera vez después de muchas horas —o quizá días— *pensé*. Se me ocurrió en aquel momento que el vendaje, o cíngulo, que me sujetaba estaba hecho de una sola pieza. No me habían atado con varios cabos de cuerda. El primer golpe de la afilada media luna que fuese perpendicular a la cinta la aflojaría hasta el punto de que me sería posible librarme de ella con la mano izquierda. Pero, ¡qué terrible sería en ese caso la proximidad del

acero! ¡Qué mortíferos podían ser los resultados del más mínimo forcejeo! ¿Cabía pensar, por otra parte, que los esbirros encargados de torturarme no hubieran previsto y tomado sus precauciones para eliminar tal posibilidad? ¿Acaso era probable que el vendaje se cruzara con la trayectoria del péndulo? Temiendo tener que renunciar también a aquella débil y, al parecer, última esperanza, alcé la cabeza lo bastante como para verme el pecho con claridad. El cingulo me ceñía el cuerpo y las extremidades en todas direcciones... excepto en el *camino de la media luna destructora*.

No había hecho más que colocar la cabeza en su anterior posición cuando cruzó por mi mente lo que sólo puedo describir como la mitad aún sin formar de la idea salvadora a la que ya he aludido antes, y de la que únicamente una parte me había cruzado apenas el cerebro al llevarme la comida a los labios. Pero ahora tenía ante mí la idea en su totalidad: débil, muy poco sensata, apenas definida, pero completa en cualquier caso. Me dispuse de inmediato, con la energía nerviosa de la desesperación, a tratar de ejecutarla.

Hacía ya muchas horas que por los alrededores de las angarillas donde estaba tumbado pululaban literalmente las ratas. Ratas frenéticas, temerarias, famélicas, que me lanzaban miradas feroces como si sólo esperasen a que yo me inmovilizara para convertirme en su presa. «¿A qué alimentos», pensé, «las habrán acostumbrado en ese pozo?»

A pesar de mis esfuerzos por impedirlo, habían devorado ya casi todo el contenido del plato. Yo repetía un movimiento de vaivén, una oscilación de la mano por encima de la comida; y, a la larga, la inconsciente uniformidad del gesto hizo que perdiera todo su efecto. Llevadas por su voracidad, aquellas criaturas me hundían con

frecuencia en los dedos sus afilados dientes. Con los trocitos de carne grasienta y muy sabrosa que aún quedaban en el plato froté a conciencia el vendaje dondequiera que estaba a mi alcance; luego, alzando la mano del suelo, me inmovilicé, conteniendo incluso la respiración.

Al principio a las famélicas ratas les sorprendió y asustó el cambio, la cesación del movimiento. Se retiraron llenas de alarma; muchas buscaron la protección del pozo. Pero su temor duró sólo un momento. No en vano había contado yo con su voracidad. Al advertir que seguía sin moverme, una o dos de las más audaces saltaron sobre las angarillas y olieron el cíngulo. Aquello pareció la señal para una avalancha generalizada. Salieron velozmente del pozo en renovados batallones. Treparon por las angarillas y saltaron, innumerables, sobre mí. El medido movimiento del péndulo no las molestaba en absoluto. Evitando sus golpes se concentraron en el vendaje. Se empujaban unas a otras y hormigueaban sobre mí, llegando a formar verdaderos amasijos. Se retorcían sobre mi garganta; sus fríos hocicos buscaban mis labios; su peso acumulado llegó casi a asfixiarme; una repugnancia que las palabras no pueden reflejar me llenaba el pecho y me helaba el corazón con su espesa viscosidad. Pero al cabo de un minuto sentí ya que la lucha terminaría enseguida. Advertía con claridad que se aflojaban mis ataduras. Me daba cuenta de que en más de un sitio las ratas ya habían cortado el cíngulo. Con un tesón que tenía algo de sobrehumano seguí *inmóvil*.

No había errado en mis cálculos ni había sido vana mi paciencia. Sentí, por fin, que estaba *libre*. El cíngulo se había desprendido, a trozos, de mi cuerpo. Pero el péndulo, en su oscilación, ya me rozaba el pecho. Después de cortar la estameña de la túnica, había atravesado

do incluso la camisa que estaba debajo. Aún repitió dos veces más su balanceo, y una aguda sensación de dolor me recorrió de la cabeza a los pies. Pero llegaba ya el momento de escapar. Al mover una mano, mis salvadoras se retiraron precipitadamente con gran alboroto. Gracias a un movimiento uniforme –cauteloso, lateral, encogido y lento– escapé al abrazo del vendaje y me situé fuera del alcance de la cimitarra. De momento, al menos, *estaba libre*.

¡Libre! ¡Pero en las manos de la Inquisición! Apenas había cambiado los horrores del lecho de madera por el suelo de piedra del calabozo cuando cesó el movimiento de la máquina infernal y vi cómo el péndulo se alzaba y desaparecía a través del techo, movido por alguna fuerza invisible. La desesperación me dominó por completo. Alguien vigilaba todos mis movimientos. ¡Libre! Escapar a una muerte angustiosa sólo había servido para tener que soportar un nuevo período de zozobra peor aún que la muerte. Abrumado por aquella idea recorrí nerviosamente con la vista las barreras de hierro que me tenían atrapado. Era evidente que se había producido algo anormal, algún cambio en el calabozo que, al principio, no supe reconocer con claridad. Durante muchos minutos de vago y tembloroso ensimismamiento me dediqué a inútiles e inconexas conjeturas. Por primera vez advertí entonces el origen de la luz amarillenta que iluminaba la celda. Procedía de una grieta, como de un centímetro de ancho, que se extendía por toda la base de los muros, muros que estaban, en realidad, completamente separados del suelo. Me esforcé por mirar a través de la ranura, aunque, por supuesto, mis esfuerzos resultaron vanos.

Al levantarme después de aquel intento, comprendí de repente el misterio del cambio que había sufrido el